

Tardes de Neguri, versos, sardinadas y txacolí, sus reniegos de -y su amor por- Unamuno, los bailes de chachas en Archanda con el bocho a los pies, movidas nocturnas por El Arenal, chiquiteos a la sombra ferruginosa de San Antón. O, si yo andaba con pelas frescas, la alta calle de Las Cortes y la luz de sus burdeles infalibles; detrás del sirimiri, "cuerpo de la mujer, fuente de llanto"...

Hace poco que le pasé a su esposa, Sabina, la foto vestido de torero con cuatro o seis años que Blas me dedicó en Octubre del 53 ("Al poema, como al toro, con valor y gracia, Fernando"), y que conté en una mesa redonda el matiz entre tristón y cachondo, pero de algún modo orgulloso, con que me definió la estética urbana de Bilbao señalándome desde el tren un enorme, circular y herrumbroso armatoste metálico en el gris rojizo de la ría:

*-Eso es nuestra octava real y nuestra Alhambra.*

FERNANDO QUIÑONES



*Corren por ciudades secundarias o de color de humo denso, son acólitos los sueños mortecinos, las formaciones nubosas, grandes o chicas; corren de un lado para otro y no les va el protestar. Porque están hechos de una materia muy poco estable, iridescente, son refractarios al desaliento, no hay forma de ponerles nada por encima, de retenerles contigo.*

*Mas ellos vuelan sin ser pájaros, tienen de las aves el sombrío vigor, la destemplanza, la salacidad; sufren esas limitaciones con un ánimo alineado como por delante de un espejo, porque no pretenden ser de este país, pero tenemos que padecerlos, que llevarlos a hombros cuando la fatiga, o cuando el infortunio.*

*Corren o se sientan a un almuerzo de gente taciturna; doblan la capa que usaron para volar bajo un cielo lejano con olor a toldo y a especias (de una esmerada caligrafía, sin nudos que puedan ser interpretados como mensajes o súplicas): cielo de seda de capirote, por donde se deslizan sobre una plancha de hule.*

*Necio sería desentendernos, ni es asunto de buena o mala educación, ellos pervierten la paz almacenada, recuperada; corren por lugares fracturados, se demoran mirándose a los ojos. No nos piden otra penitencia.*

JORGE GONZALEZ ARANGUREN

(del libro inédito "Devolvedle la lentilla al cíclope")